

Edward García Albee

¿Quién le teme a Javier Marías?

Traducción de M. Asensio Moreno

EXPLICACIÓN QUE QUIZÁ NECESITEN ALGUNOS LECTORES

Esta breve travesura teatral está inspirada en una obra de Edward Albee, un autor muy presente en los escenarios norteamericanos en los años 60. Su obra más celebrada fue *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*, título en el que Albee jugó con el parecido del apellido de la novelista inglesa con el sustantivo *lobo* en inglés, para evocar el estribillo de una canción popular que también cantamos en España: *¿Quién le teme al lobo feroz?* Quizá alguien recuerde su versión cinematográfica, con Elisabeth Taylor y Richard Burton.

Pero no es ésta la pieza que me ha inspirado, aunque he parodiado su título, precisamente por ser del mismo autor de aquélla de la que me he servido. Su título era -es- *Todo en el jardín*. He aquí una síntesis de su argumento:

Se centra en la vida de un matrimonio que vive, como otros de la misma colonia, por encima de sus posibilidades: hipotecas, plazos, deudas... Todo ello provoca tensiones en la pareja, encarnada, en el Teatro María Guerrero de Madrid, cuando se estrenó, por el matrimonio Gema Cuervo - Fernando Guillén. Un día en que precisamente el matrimonio ha discutido, se presenta allí una señora francesa y propone a la mujer, sola en aquel momento, que se prostituya con los magnates del petróleo que vienen de vez en cuando a la ciudad y pagan sus buenos dólares. Algunas de sus amigas ya han aceptado y viven holgadamente. Dudas y, al final, aceptación. En el segundo acto, el marido descubre un cajón lleno de billetes. Preguntas, gritos, celos, molestias entre la frente y las sienes, pero, ante el nivel de vida alcanzado con aquel pequeño sacrificio, vale la pena consentir. Tercer acto: reunión en el salón de la casa de los protagonistas, de cuatro o cinco parejas con la *madame*. Hay que aumentar la producción. La organizadora se va, justo en el momento en que entra un amigo, de todos, soltero. Lo encarnaba Carlos Mendy. Pensativo, se pregunta varias veces: “¿Dónde he visto yo a esa señora?” Y, al poco rato: “¡Ya está! Es *madame* Tal. Y era la dueña del más lujoso burdel de París cuando yo vivía allí”. No tiene que hacer ninguna pregunta para comprender. Pero, al decir a continuación que la va a denunciar, firma su sentencia de muerte. Los ocho o diez que llenan la escena le impiden salir y lo apuñalan por todas partes.

DRAMATIS PERSONAE

Fernando Savater.- *Monsieur* del burdel, protector de Marías.

Miguel García Posada.- Puto.

Santos Sanz Villanueva.- Puto.

Rafael Conte.- Puto.

Juan Luis Cebrián.- Puto caro, protegido del Padrino, sufrió condena a cinco años de escrituras forzosas por haber publicado *La rusa*.

Monseñor Eduardo Haro Tecglen.- Obispo de Babelia. Papable.

Luis García Montero.- Poeta clónico, bufón del Padrino en los saraos digitales.

José Luis García Martín.- Sus labores antológicas. Ejerce de García. Excluyente peligroso.

Antonio Muñoz Molina.- Ahijado predilecto del padrino, votante de Marías. Cuando hable, se le ha de notar que es un poco cateto.

Victor García de la Concha.- Puto. Ha recalado en Madrid, después de haber hecho carrera en el Duranguésado.

Vicente Molina Foix.- Putillo esquinero, aspirante a escritor, votante de Marías. Cuando empieza a hablar se duermen hasta los loros.

José María Guelbenzu.- Putillo esquinero, escritor adormidera, votante de Marías.

Javier Marías.- Votado.

Francisco Calvo Serraller.- Es tan puto, que los otros putos lo consideran puto. Cuéntase de él que pretendió vender a sus padres para hamburguesas.

Francisco Rico.- Meritorio. Varias veces rechazado por feo y plasta. Le gusta tanto el café con leche, más leche que café, que siempre lleva a cuestras el termo de Mambrino.

Juan Cruz.- Recadero y friegaplatos.

Fernando Schwartz.- Tonto.

Isidoro Merino.- Ingenioso y mártir, novio de Melibea.

Poeta

Novelista primero

Novelista segundo

Hombre de la limpieza

Banda de música, Trapiellos, Saladrigas, Mendozas, Echevarrías, Suñenes, Masoliveres, Castelletes y otros votantes de Marías... Jurados, editores, peripetistas, académicos, payasos, lectores perplejos...

La acción en sus días y en el futuro imperfecto

ACTO ÚNICO

La escena representa el gabinete de un típico burdel mediático de finales del siglo XX. Mal gusto en la decoración. Colores chillones en las paredes, imitando las camisetas de diversos equipos de fútbol. A la derecha, una estantería con las obras completas de Marías. Sobre una consola de patas cabrunas, libros publicados por Alianza, Alfaguara, Anagrama, Tusquets, Espasa y Planeta. Una gran cantidad de cornucopias, apenas dejan espacio para el retrato de Jesús Polanco, vestido de doctor *Honoris Cosa (nostra)*, que ocupa un lugar destacado en la pared central, entre dos candelabros corniformes. Delante del retrato, un reclinatorio. (Sin que lo tengamos que repetir, todos los personajes, según entran en escena, se arrodillan en el reclinatorio y entonan con devoción el *Jesús del Gran Poder*, de Palestrina, con doble *amén*, mientras encienden una vela.) Cada vez que un acólito mira el cuadro, se activa al dorso de éste un mecanismo y Polanco guiña un ojo, mientras levanta la diestra con el pulgar y el índice dibujando la señal de O.K. Sobre un par de mesitas, ejemplares de *Babelia*, *ABC Cultural* y *El Cultural*. Una escalera de madera, a la derecha, conduce a las alcobas. Puertas a izquierda y derecha.

Cuando se levanta el telón, están en escena, sentados en sendos butacones emmanuelle, Miguel García Posada y Santos Sanz Villanueva.

POSADA.- Tardan en llegar los clientes.

SANTOS.- *(se concentra antes de responder. Su rostro refleja el mecanismo interno de su poderoso pensamiento. Al cabo de una larga pausa, comenta: Sí.*

Por la derecha, sale Savater, intentando imitar la postura de *El pensador* de Rodin, mientras atraviesa la escena.

SAVATER *(mascullando para sí)*.- Me falta valor para educarles. Aunque, mientras mantengan la disciplina de voto, no importa que sean imbéciles *(hace mutis por el foro)*.

En lo alto de la escalera, aparecen Rafael Conte y Novelista Primero. Bajan.

NOVELISTA PRIMERO *(a Conte)*.- No olvide los adjetivos superlaudatorios que voy a pagar tan caros.

CONTE *(Tocándose la cartera)*.- Descuide.

Novelista Primero se va. Conte cumple con el ritual y después dice:

CONTE.- Voy a leer unas páginas de Marías. Necesito un orgasmo.

POSADA *(con envidia, lamentando que no se le haya ocurrido a él)*.- ¡Guarra!

Conte coge un libro cualquiera de la estantería, lo abre por cualquier página y lee. En seguida, tanto su soma como su psique empiezan a experimentar contorsiones, retorcimientos y temblores, que van en aumento hasta que, leída página y media, se corre.

CONTE *(orgasmando)*.- ¡Ah, ah...!

POSADA *(reparando en que el orgasmado sacude el pudendo sobre una página de*

"Babelia").- ¡Ave Marías! ¿Por qué no te limpias sobre el ABC?

HOMBRE DE LA LIMPIEZA *(asomándose a una puerta y hablando, como le exigen, a lo Marías)*.- Señores, dos señores. Los dos señores (o quizá ha sido sólo uno) han llamado descaradamente a la puerta de la calle (o puerta de acceso al piso, al duplex), he hecho el itinerario doméstico desde la cocina a la puerta (puerta de entrada), he abierto, atendiendo la descarada llamada de los señores o quizá sólo de uno y les he dicho o quizá rogado que entren dentro, y les he facilitado el acceso (o paso) al interior de dentro del piso (o duplex). Y ahora, con su permiso si me lo permiten si no se lo ruego tengo que dedicarme a ir un momento al banco, para introducir un talón y extraer dinero *(Vase)*.

Entran Poeta y Novelista Segundo.

POETA Y NOVELISTA SEGUNDO.- Muy buenas.
POSADA (*a Santos Sanz*).- A ti te toca.
SANTOS (*se levanta y se acerca a Novelista Segundo*).- ¿Qué es lo que desea?
NOVELISTA SEGUNDO.- Crítica elogiosa y entrevista con foto.
SANTOS.- Cincuenta mil.
NOVELISTA SEGUNDO.- Vale.
SANTOS.- Venga conmigo.
NOVELISTA SEGUNDO.- Quiero, además, otra cosa. He terminado una novela y me gustaría tusquetsalla, anagramalla o alfaguaralla.
SANTOS.- ¿Qué ciudad describes?
NOVELISTA SEGUNDO.- Barcelona.
SANTOS.- ¿Década?
NOVELISTA SEGUNDO.- La de los setenta.
SANTOS.- ¿Generación de los que no fuimos a la guerra?
NOVELISTA SEGUNDO.- No. Generación de los que no fuimos a ninguna parte.
SANTOS.- Eso es en otro lupanar. Venga.
Santos coge al novelista de la mano y se lo lleva escaleras arriba, hacia los putódromos, entonando el Ave Marías. Entrambos hacen mutis foral de Navarra.
POSADA (*al Poeta*).- ¿Y usted? ¿A qué viene?
POETA.- Quiero ser antologado como poeta de la experiencia y de la igualdad de estrofas y de versos.
POSADA.- Está bien ¿Prólogo o crítica?
POETA.- Me da lo mismo, con tal de que contenga la frase "prometedora promesa".
POSADA.- ¡Eres lector de Marías!
POETA PRIMERO.- Lo adoro.
POSADA (*con una mirada cómplice hacia el retrato y la estantería con las obras del ídolo*).- Eres de los nuestros. Sin embargo, lo de ser antologado depende de que un García, que no soy yo, quiera venderte sus favores.
POETA PRIMERO.- ¿Cuántos García son ustedes?
POSADA.- Tres. Yo, García Montero y García Martín.
POETA.- Reputado.
POSADA.- ¡Reputísimo! Sin duda, el antólogo más injusto y excluyente que existe.
POETA.- ¡Qué bien! Pero no sé por qué García decidirme.
POSADA.- Puedes hacer mesa redonda.
POETA.- ¿De Garcías?
POSADA (*acordándose de que es andaluz, al tiempo que se pone derecha la peineta*).- ¡Digo!
Su falta de gracia es tan abrumadora, que el poeta se estremece e inicia el llanto y el crujiir de dientes.
POETA.- A ya ya yay, a ya ya yay...
POSADA.- ¡Ah! Y está también García de la Concha, realmente putiagudo.
POETA.- ¡Dos parejas! Aquí todo es simétrico y armónico.
POSADA.- Todo, menos el cobro. Si te antologan por mi recomendación, yo quiero, además de lo mío, un quince por ciento de lo que te cobren los otros.
POETA (*aparte*).- Este tío es más odioso que una bragueta con botones. (*A Posada*) Concha... ¿no es ése que avala y alaba las cabronadas y arbitrariedades de los demás García?
POSADA.- Pero no de balde.
POETA.- ¡Ya! Por algo es un gran puto, hijo de gran puto.
POSADA.- Bueno, vamos.
Posada y Poeta suben la escalera y desaparecen. Entra Francisco Calvo Serraller, que ni siquiera saluda, pues sabe que los otros no pagarían lo que él suele cobrar por un saludo.
CONTE (*a Calvo*).- Rafael, por la tarifa habitual, quisiera que me dijese qué tal es un cuadro que he comprado.
CALVO.- Me tienes que decir quién lo firma, pero, sobre todo, en qué galería lo has comprado. Si no, ¿cómo voy saber si es bueno o no?
CONTE.- Lo he comprado en la Virgueras Morgenhaus, pero no recuerdo quién lo firma.
CALVO.- ¡Maravilloso! Estoy a sueldo de la Virgueras Morgenhaus y tengo que decir que todo lo que tiene es magnífico. ¿Qué representa?

CONTE.- Un culo.

CALVO.- ¡Magnífico, magnífico! Sin duda es uno de los tres culos pintados por Virgueras Jürgentaler durante su estancia de tres años en las Islas Galápagos. Más de un director de museo de arte moderno daría una de sus pelotas por tener en sus fondos uno de esos culos.

CONTE.- El mío tiene un lunar.

CALVO.- Los tres tienen un lunar en el mismo sitio. Se trata de la serie culos con lunar.

CONTE.- ¿Entonces?

CALVO.- Enhorabuena. ¿Lo tienes en tu casa?

CONTE.- Sí.

CALVO.- Iré uno de estos días a darle unos cuantos lametones.

Entran, por un lado, Savater y, por el otro, Guelbenzu, Molina Foix, García Montero y García Martín. Los cuatro vienen muy alborotados, palmoteando y dando grititos.

LOS CUATRO.- ¡Va a venir Marías! ¡Va a venir Marías! (*Cantando.*) Corazón blanco, / tú reinarás, / tú nuestro encanto / siempre serás.

SAVATER.- Enciende el televisor. Está hablando el obispo.

Juan Cruz, que acaba de entrar en zapatillas y mandilón, obedece y en pantalla aparece monseñor Haro Tecglen, con mitra y báculo.

HARO (*a media frase*).- ...ni amedrentar por el acoso, amantísimos. Quienes critiquen nuestras guarradas van contra la libertad de expresión. Y, para terminar, el consejo del día: antes que nada, sentad cátedra de progres y de honestos y, después, ya os podéis comportar como lo que sois.

Cuando termina de hablar el purpurado, todos corean:

TODOS.- Aaaaaaaaaaaaaaaaaammééééééén.

Están aún secándose las lágrimas -Santos, gimoteando históricamente, mientras el llanto le corre a torrentes ballester por las mejillas - cuando entra Cebrián, seguido de Fernando Schwartz. Ambos llevan gorro de académico pasiego y visten chaquetillas con lente juelas multicolores.

CEBRIAN.- Traigo consignas del Padrino.

SCHWARTZ (*palmoteando y dando brinquito*).- ¡Del Padrino, del Padrino! **Posada baja la escalera con Poeta.**

POETA.- Bueno, don Miguel, confío en su deshonestidad.

POSADA (*palpándose la cartera*).- Tranquilo. Ya le he dado las suficientes garantías, ¿no?.

POETA.- La verdad es que parece usted realmente tan corrupto e hideputa como me habían ponderado. Adiós.

POSADA.- Apolanco.

Vase el poeta y Posada se incorpora al coro, todos cuyos miembros, después de haber hecho media genuflexión, con inclinación de cer viz en dirección al retrato, se van sentando donde pueden.

CONTE (*a Cebrián*).- Enhorabuena. Me han dicho que te van a hacer académico.

CEBRIAN (*ruborizándose, modesto*).- Sí. Voy a la Academia a aprender.

POLANCO (*desde el retrato, chillando*).- ¡No pregones tu ignorancia, gilipollas! ¡Con el dineral que me has costado!

POSADA (*a García Montero*).- He recibido tu libro. Dos veces me he corrido leyendo ese espléndido endecasílabo que dice "Tú me llamas, amor, yo cojo un taxi". ¡Maravilloso!

MONTERO.- Pues lo he mejorado. Le he metido más experiencia.

POSADA.- ¡Imposible!

MONTERO (*confidencial*).- "Tú me llamas, amor, yo cojo el metro".

POSADA (*cayendo hacia atrás con los ojos en blanco*).- ¡No m lo puedo creer! Ay, ay, que me va a dar algo...

GARCIA MARTIN (*terciando*).- ¡Qué equivocados Herrera, Lope, Quevedo, con sus sonetos amatorios y espirituales! Tendrían que haber escrito cosas como: "Me levanto, me rasco las pelotas, calzo las calzas..."

SAVATER.- Bueno, a ver esa consigna.

CEBRIAN.- Es muy sencilla. Va a haber una votación para elegir las mejores novelas del siglo. El Padrino quiere que, entre nuestros votos y otros que compremos, una novela de Marías quede la segundaava.

SCHWARTZ.- ¿Y yo? ¿Y yo? (*Nadie le echa cuenta*).

GUELBENZU Y MOLINA FOIX (*a la vez, dando un brinco*).- ¿Segundaava? ¿Y por qué no primeraava?

CEBRIAN (*mira a los osados con reproche, al tiempo que compone porte de ser el delfín in pectore*).- No nos corresponde a nosotros discutir las decisiones del Padrino.

Entra Muñoz Molina. Trae a hombros a Marías, que viste traje de luces. Todos los presentes se bajan los pantalones y se palmean las nalgas, logrando un sonoro aplauso.

MARIAS.- Aquí estoy, porque no me he quedado allí o quizá sí me he quedado. Estaba en casa de mi propio padre, tomándome mi propia merienda, cuando ha llegado el académico Muñoz y me ha cogido en brazos, o quizá ha sido a hombros.

Los demás, sin dejar de palmearse las nalgas en sostenida ovación, lanzan grititos histéricos.

MARIAS (*a Muñoz Molina*).- Dedícate a bajarme abajo al suelo. De rozarse con tu duro pescuezo, se me han puesto los huevos obesos.

MUÑOZ.- En seguida. (*Ayuda a Marías a apearse de su cogote gestatorio y lo deposita en el mismo suelo que pisan los mortales, con gran escándalo de los palmeadores de nalgas*).

TODOS.- ¡Siéntate! ¡Siéntate! ¡Aquí! ¡No estés de pie! (*Rodean solícitos al idolatrado, a quien ofrecen el mejor sillón, permaneciendo ellos con el culo al aire*).

Entra Víctor García de la Concha.

CONCHA.- Traigo malas noticias.

TODOS.- ¿Qué? ¿Qué pasa? ¡Habla!

CONCHA.- Mejor que él no esté delante.

Juan Cruz coge en brazos a Marías y, cantándole la Nana número dos de Polanski, se lo lleva por la puerta de la izquierda.

CONTE.- Procura que se quede dormidito.

SANTOS.- Arrópale bien.

POSADA.- Sí. No se vaya a enfriar.

TODOS (*a Concha*).- ¡Venga, cuenta! ¡Habla! ¡Dinos!

CONCHA.- Pues resulta que un tal Isidoro Merino se ha puesto a...

VARIOS.- ¿Isidoro Merino? ¿Quién es ése?

CONCHA.- Un crítico muy preparado, incorruptible, honestísimo...

VARIOS.- ¡Qué horror!

OTROS.- ¡Monstruoso!

POSADA (*venteando, mugiendo, rascando el suelo con los álvarez cascós*).- No sé dónde vamos a ir a parar con gente así.

ALGUNOS.- Bueno ¿y qué? ¿Qué ha hecho ese tipo?

CONCHA.- Pues que se ha puesto a estudiar las obras de Marías y ha demostrado, analizando página por página, casi línea por línea, que no sabe escribir; que desconoce el significado de muchas palabras; que le da cada patada al diccionario que lo desloma; que, en lugar de orden sintáctico, hace rompan filas y que manda los signos de puntuación ora a hacer puñetas ora a un tribunal tutelar de menores...

POSADA (*interrumpiendo*).- ¿Que lo demuestra?

CONCHA.- Que lo demuestra, sí. Con infinitos ejemplos. Y también demuestra que Marías no dice nada interesante; que, de hecho, no tiene nada que decir, interesante o no; que no escribe más que chorradas y gachupinadas sin la menor gracia; que es más aburrido que un paseo en moto por la trastienda de una casquería.

TODOS.- ¡Qué espanto! ¡Qué horror! ¡Es espantoso! ¡Es horrible!

POSADA (*entre gimoteos a lo normando*).- A mí, esto, me cuesta la vida.

CONTE.- Yo tampoco podré resistirlo.

Después de proferir todo tipo de lamentaciones y hacer muchos aspavientos, todos se sumen en un profundo silencio durante más de un minuto.

SANTOS.- Tenemos que hacer algo.

GUELZENBU, MOLINA FOIX, MONTERO, MARTIN (*con expresiones diversas*).- Sí, pero ¿qué?

CONCHA.- Lo he pensado bien. He tenido más tiempo que vosotros para pensarlo. Tenemos que... (*breve sispans*)... tenemos que matarle.

GUELZENBU, CRUZ, SCHWARTZ Y FOIX (*dando un brinco*).- ¡A Marías?

CONCHA.- ¡No, hombre, no! ¡Marías es nuestro mito, nuestra gallina de los huevos obesos! ¡Al que hay que ultimar es a ese crítico incorruptible e integérrimo!

POSADA.- ¡Al Isidoro Merino!

CONCHA.- ¡A ese, sí!

Se miran todos unos a otros.

MONTERO.- ¿Dónde?

MARTIN.- ¿Cuándo?

CONCHA.- Cuanto antes. Aquí mismo.

SANTOS.- ¿Aquí mismo?

CONCHA.- Sí.

SANTOS.- ¿Y cómo le hacemos venir?

CONTE.- Podemos mandar a Chacha Cruz a que le diga que hemos decidido dejar de putear y convertirnos a la decencia y la integerrimez, y que queremos agradecerle que nos haya abierto los ojos.

SAVATER (*apareciendo de detrás de una cortina*).- Me he permitido pensar en ello. Le he mandado un mensaje y ya debe de estar al llegar.

HOMBRE DE LA LIMPIEZA (*asomándose a la puerta y hablando a lo Marías*).- Señores, pregunta por los señores un coterráneo, quizá también coetáneo, que se llama al menos él dice llamarse Isidoro Merino y tiene la prestación de entreverse con los señores si los señores tienen conveniente.

CONCHA.- Que pase, que pase.

CEBRIAN.- Hágame pasar en seguida.

HOMBRE DE LA LIMPIEZA.- Señor, entre adentro del interior (*vase*).

Entra Isidoro Merino. Es un tipo guapo, apuesto, de mirada noble.

ISIDORO.- Buenas tardes.

ALGUNOS (*de mala gana*).- Buenas.

CEBRIAN.- Póngase aquí.

Apenas Isidoro se sitúa en el centro, Molina Foix le pone en la nariz, para cloroformizarle, un ejemplar de El País dominical, y Posada, Conte y Santos Sanz le apuñalan por la espalda.

ISIDORO.- ¡Mald...!

Al inclinarse hacia atrás por causa de los golpes, recibe en el pecho las pualadas de los demás.

ISIDORO.- ¡Ay! ¡Uy! ¡Oh! ¡Ah! (*muere*).

POSADA.- ¡Muera el crítico honrado e integérrimo!

TODOS.- ¡Muera!

CEBRIAN.- ¡Viva nuestro Padrino!

TODOS.- ¡Viva!

POSADA.- ¡Viva Marías!

TODOS.- ¡Viva!

Continúan, siempre todos mirando hacia el altar mayor, los vítores y aclamaciones, entre los cuales, algunas voces piden la clonación de Marías, a quien han sacado de la cuna e intentan coger a hombros. Con tantas miradas dirigidas hacia el retrato, el mecanismo de éste se sobrecarga y bloquea, y Polanco inicia una serie de guiños que amenaza no acabar jamás... Mientras, cae majestuosamente el

TE L O N